

## KAFKA Y LA ANGUSTIA DE DIOS

Por C. R. L. de GANDARA

Si la literatura es la gran indicadora del ritmo secreto de la marea humana, si los grandes artistas son, como lo creemos, intérpretes alucinados de ese mar desconocido que nos circunda y del cual nace, matinal, el viento nuevo de cada ilusión humana; si son ellos quienes ven, por estar inclinados sobre las aguas abismales del misterio, qué camino dibujará en el aire la ráfaga naciente, podemos decir que Franz Kafka nos ha anunciado en su obra ese cambio de itinerario previsto y confirmado en los últimos años por tantos otros, y que se traduce en la vuelta definitiva del hombre hacia Dios. Citemos unas palabras escritas a principio del siglo por Ortega en un ensayo que se titula "Dios a la vista": "Hay épocas de odium dei, de gran fuga lejos de lo divino, en que esta enorme montaña de Dios llega casi a desaparecer del horizonte. Pero al cabo vienen sazones en que súbitamente, con la gracia de una costa virgen, emerge a so-tavento el acantilado de la divinidad".

En ninguna otra obra de este siglo surgen, bajo luz poética tan alta como en la obra de Kafka, las líneas de esa costa virgen y de ese acantilado de que habla la admirable imagen. Pero el hombre de Kafka no trae de su largo viaje el alma impune; si bien reconstruye un orden en el que caben todas las dimensiones del alma no lo-gra, abrumado por el peso de su larga y desviada soledad, devolverle la libertad, el soplo aquel, el cierzo aquel cuya suelta fresca sólo puede moverse y vivir dentro de la unidad de la armonía y de una armonía centrada en la persona humana.

Podemos quizá recordar aquí aquellas palabras definitivas de Dostoievsky que sirven de lápida anticipada a las dos inmensas he-rejías que se ciernen hoy sobre esa invariable víctima de la historia que es el ser humano: "Yo declaro que el amor por la humanidad es una cosa inconcebible, incomprensible y de todo punto de vista imposible, sin fe en la inmortalidad del alma". Y así, exactamente, es. Sólo sobre el cimiento de una filosofía que confiere a cada ser

humano un carácter intangible y sagrado porque su destino es la in-mortalidad puede apoyarse un orden verdadero; todo lo demás es desorden más o menos organizado; todos los otros humanitarismos —como éste dentro del cual hemos nacido y vivido— se transforman, fatalmente, tarde o temprano, en alguna forma, violenta o disfrazada de esclavitud y de muerte.

Kafka, contemporáneo de Proust y de Joyce, y de tantos otros casi igualmente dignos de mención, volviendo bruscamente sus espaldas a la tarea emprendida por una literatura ya secular, la tarea de investigar la realidad humana subjetiva, de investigar al hombre, acomete, con revolucionario impulso, esta otra tarea: la interpretación de la realidad total. Hemos pasado pues con él, de un salto, de la investigación a la interpretación. Hemos dado otra vez, a la inversa, el brinco aquel que aspiraba a dar desde su celda escolástica el alma insaciada de Giordano Bruno.

Mas no hemos vuelto al hacerlo unos siglos atrás; la historia no repite nunca sobre el muro del tiempo un idéntico dibujo; no hemos retrocedido. Lo que hemos hecho al levantar de nuevo los ojos hacia ese Amor que mueve el sol y las otras estrellas es avanzar, es continuar hacia adelante un mismo viaje. Si bien el paisaje de Kafka repite —aunque de tan extraño modo— las intactas líneas piramidales de la cosmogonía medioeval y la eslabonada jerarquía de las grandes síntesis del siglo XIII, hay, en el eterno cuadro, visto desde Kafka, un elemento nuevo. El elemento nuevo, distinto, es una particular densidad del alma humana desde la cual se busca como desde más hondo, como sucede más lejos, con más urgente aunque contradictorio dolor, la existencia del orden superior. El alma atormentada y encandilada de sus protagonistas no tiene ya los ojos redondos de pueril y directo amor con que Fra Angélico ponía en la cal de su convento mantos celestes y alas rosadas; no tiene la armonía, granítica certidumbre con que Dante construía su catedral católica. Se trata ahora de otro hombre, de un hombre cuyos ojos penetrantes han mirado durante siglos, sin más arma que la razón segregada, hacia dentro de sí mismo; cuyos ojos están cargados de nocturna sabiduría, de esa sabiduría que consiste en dividir y enumerar la noche. Como el buzo que vuelve a la superficie luminosa cargado de tesoros submarinos, así, el hombre de Kafka vuelve a la superficie para reconocer y proclamar desde su fecunda indigencia la presencia inmóvil de la costa.

C. R. L. de Gándara